

Una Iglesia para la Esperanza

Santiago Sánchez Torrado

Los hechos ocurridos –que aún no han terminado– en torno al presunto cierre por parte de la jerarquía eclesiástica de la parroquia de San Carlos Borromeo en Vallecas (Madrid) me suscitan una sencilla reflexión de carácter más global, sin entrar en la crónica de tales hechos, de los que supongo enterados a mis lectores.

No sé cómo estarán las cosas cuando este artículo se publique, pero en este momento –según mis noticias– el diálogo entre la jerarquía madrileña y la comunidad parroquial de San Carlos está interrumpido y paralizado, después de algunos intentos para alcanzarlo y resolver esta compleja cuestión.

Como es sabido, la comunidad parroquial de San Carlos Borromeo lleva 26 años desarrollando en el barrio de Entrevías una intensa labor de compromiso social en estrecha conexión con su tarea evangelizadora: acogida de personas sin recursos, defensa de los derechos de los presos o de las personas afectadas por la droga, etc., etc.

Ahora se cuestiona de una forma expresa por parte de la jerarquía la autenticidad o suficiente ortodoxia de su trabajo pastoral, catequético y litúrgico y se les propone modificar su identidad: pasar a ser un centro social dirigido por Cáritas o adoptar alguna otra fórmula semejante pero renunciando a su carácter estrictamente parroquial. Desde que se hizo pública esta intención del Arzobispado de Madrid, numerosos grupos cristianos y parroquias de toda España han enviado mensajes de solidaridad y apoyo a la comunidad cristiana de San Carlos y a sus sacerdotes, quienes expresan su voluntad firme de mantener un espacio que siga siendo su referencia principal de fe y de vida.

Muchos de los mensajes de apoyo recibidos insisten en la necesidad de recuperar y potenciar el espíritu de diversidad que alumbró el Concilio Vaticano II y que se encuentra tan disminuido. O dicho de otra manera: la necesidad de apoyar y defender una iglesia renovada, viva, cercana a la realidad de su entorno y encarnada en su tiempo. Una iglesia que mantenga pujante la opción por los pobres, que



se realiza en tantas parroquias y comunidades cristianas como la de San Carlos, con distintos estilos y matices, diferentes grados de radicalidad y de compromiso, pero con una voluntad y una identidad evangélicas comunes e inequívocas.

Por todo ello, este «proceso» (que adecuadamente puede llamarse así) presenta una cara positiva, en medio de su conflictividad y dolor: la de estimular un pluralismo eclesial dentro de los límites de la fidelidad al evangelio, que es el amor a los demás y especialmente a los pobres, como lleva tanto tiempo realizando la comunidad de San Carlos, que ahora puede resultarnos un revulsivo y un estímulo a quienes deseamos de corazón una iglesia más abierta y dialogante, más sencilla y secular, que no solo es posible sino real, aunque sea de una forma parcial y precaria.

Este ha sido precisamente el espíritu que presidió ayer mismo (18 de mayo) un acto de reflexión y de oración «por la diversidad de la Iglesia», con una nutrida asistencia de comunidades y grupos cristianos de toda España y celebrado en un tono positivo y vibrante de unidad y de reconciliación, en busca de la paz armoniosa, crítica y exigente que nos da el evangelio. Espero que este encuentro no sea el último y que el conflicto se resuelva para bien de todos. ■